

# Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 60

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta  
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

## DIRECTOR-PROPIETARIO

**D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS**

CIUDAD-REAL 24 DE ENERO DE 1903.

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

## CONTRA LA LANGOSTA

### CAMPAÑA DE PRIMAVERA

Primer procedimiento.—Las trochas de zinc, sistema Gomar. En cuantas partes se han usado, el resultado ha sido sumamente satisfactorio y económico. Cuando el mosquito se acordona y emprende la marcha, se hace con las láminas de zinc un semicírculo de la extensión conveniente y se abren zanjas perpendiculares á la circunferencia que conforme se van llenando de mosquito se cubren con tierra de la que se saca de las nuevamente abiertas. Por este medio se agotó en el pueblo de Villarrobledo un cordón de mosquito de un kilómetro de longitud y varios de anchura en cinco días. Debiendo advertir que una vez colocada la trocha y abiertas las zanjas sólo dos hombres bastaron para la vigilancia y destrucción del referido cordón.

Este medio es también irremplazable cuando el mosquito aparece en pastizales de yerbas altas donde escapan con facilidad á la acción de la gasolina. Segundo medio: Los corrales de fuego en los sitios donde abunda la leña menuda, son también convenientes para destruir pequeños focos de saltón, como igualmente completan la acción los matojos ó apaleo de las manchas, con ramas de plantas fibrosas, como adelfas, retamas, etc.; también los buitrones y zanjas contribuyen al mismo resultado.

Tercer sistema.—La gasolina. Este medio es hoy el más usado para atacar y destruir el insecto en sus diversos estados, pero aun empleado con todas las condiciones periciales resulta poco económico en relación á los demás procedimientos citados, y nunca debe esperarse á que la langosta llegue á su completo desarrollo para destruirla, pues está comprobado que á medida que se retrasa la destrucción el coste se va elevando considerablemente.

Los demás insecticidas ensayados, tales como el extracto de hulla, el Guerra, el Gomar, el Zotal y otros muchos no acaban de satisfacer en cuanto al resultado, tanto porque unos no matan completamente á la mayoría de los insectos, como porque otros exigen para su uso considerables cantidades de agua que hay que transportar casi siempre desde largas distancias.

Sim embargo, de la energética campaña que se llevó á cabo en el año anterior, no ha quedado la plaga dominada, por lo cual es de temer que este año vuelva á recurrirse, sobre todo, si no hay en las Juntas locales ni en los pueblos el celo y el cuidado que por el propio interés merece el asunto.

La mayor parte de los Ingenieros de las provincias infestadas se lamentan del ineficaz abandono y de la estúpida indiferencia de los labradores de muchos puntos, que no hicieron reconocimientos ni roturaciones, ni siquiera avisaron la existencia de los puntos infestados, anulando la campaña de invierno, por más que después, quan-

do la plaga les destruía las cosechas reclamaban con gran urgencia gasolina y personal que les librara de una vez de la voracidad de la langosta y sin molestarse ellos.

De desear es que en este año, con la experiencia del anterior, se hagan con tiempo los trabajos de extinción para conseguir de una vez el total aniquilamiento de la plaga y evitar los cuantiosos gastos y enormes perjuicios que produce el abandono y la incuria en un asunto de tal importancia para la agricultura de nuestro país.

DR. Z.

## LA HIJA DEL JOYERO

(DE LUIS UHLAND)

Entre perlas y diamantes  
Dice el joyero á su hija:  
—Elena, entre tantas joyas,  
Eres la joya más rica.  
A la tienda del joyero  
Vino un galán cierto día:  
—Buen joyero, Dios te guarde,  
Guardate Dios, bella niña.  
Luego al joyero el galán  
De esta manera decía:  
—Hazme una hermosa diadema  
Para mi novia querida.  
Terminada la diadema,  
Do mil diamantes lucían,  
Elena al verla, exclamaba  
Con dulce melancolía:  
—¡Cuán feliz será la novia  
A quien él la frente ciñal!  
Una guirnalda de flores,  
Don suyo, hiciera mi dicha.  
Volvió el galán, y admirando  
La diadema sonreía:  
—¡Haz para mi novia, dijo,  
Buen joyero, una sortija.  
La sortija terminada,  
Elena á solas suspira,  
Diciendo:—Feliz aquella  
Para quien él la destina;  
¡A mi me bastara un bucle  
De su cabellera riza!  
Volvió á poco el caballero  
Y halló las joyas muy lindas,  
Del joyero celebrando  
El primor y maestría.  
Luego añadió:—Bella Elena,  
Te suplico que permitas  
Que en tí se prueben los dije,  
A fin de que yo perciba  
Cómo le irán á mi novia,  
A quien eres parecida.  
Era aquel día domingo,  
Y para salir á misa,  
Con mucho esmero y de gala  
Elena estaba vestida.  
Al caballero acercóse  
Toda vergonzosa y tímida,  
Como cuando clavales,  
Con el rubor, sus mejillas.  
Él le eñó diadema,  
Él le puso la sortija:  
Luego estrechando su mano,  
Le dijo:—Tú eres mi vida,  
Mi dulce novia tú eres,  
Y aquí la burla termina.  
La sortija es para tí  
Y la diadema que brilla  
Sobre tu cándida frente  
Que sus diamantes eclipsa.  
Si entre oro y perlas naciste,  
Y inocente pedrería,  
Agüero fué do la gloria  
A que mi amor te sublima,

## CONSULTA MÉDICA (1)

Cuando recibí el aviso alarmante me quedé perplejo y estupefacto.

¿Cómo se entiende? El primogénito de mi leal amigo, el jovencuelo encanto y esperanza de sus padres y admiración de los amigos que vislumbrábamos un hermoso porvenir al despojado muchacho, del cual me había separado media hora antes, expresando en su rostro el contento y la alegría más expresiva, se hallaba, así como así, en inminente peligro de muerte?

Mucho, muchísimo trabajo me costaba creerlo. Interrumpí en el acto el comenzado almuerzo, y sin cuidarme ni por asomo de cambiar mi traje casero, me lancé á la calle sin darme apenas cuenta de mis acciones, y en breves momentos subía con precipitación inconsciente los escalones que conducían al piso habitado por el amigo de la jamás olvidada infancia.

El cuadro que se presentó ante mi vista al atravesar aquellos umbrales tan frecuentados, fué en extremo conmovedor. Los sirvientes de la casa, sin objeto determinado y con precipitación desusada, se movían en todas direcciones por las espaciosas galerías de la estancia, recibiendo atropelladamente y con frases rápidas y entrecortadas á las íntimas amistades de sus amos, que acudíamos presurosos, deseando amenguar la natural desolación, si no con los recursos de nuestra ignorada ciencia, al menos con las palabras consoladoras que brotan espontáneas de los veneros inagotables de la más pura y leal amistad.

Yo era en aquel nido de ventura y dicha incomparables, la excepción de la regla, y me lancé sin preámbulos de ningún género al apartado y silencioso dormitorio donde se hallaba en bien acondicionado lecho, luchando á brazo partido con la muerte, el heredero del carino inquebrantable y muchas veces demostrado que me unía con férreo é indisoluble lazo al angustiado padre.

La inocente criatura se revolvía defendiendo la existencia con desesperados esfuerzos, y la locura del dolor se retrataba con las tintas más visibles en los pálidos semblantes de los que presenciábamos tan desigual y atormentada lucha.

Llegaron por fin los doctores, reconociendo con prolija atención los síntomas alarmantes de la repentina dolencia, que al parecer arrancaba tan de pronto la vida de un semejante, y después del reposado estudio se retiraron al despacho del dueño de la casa para comunicarse las impresiones recibidas é intentar el medio de atajar el funesto desenlace que á la simple vista se adivinaba.

Largo rato empleó la ciencia reunida examinando en todas sus partes, con interés digno de encomio, el pró y el contra del rarísimo caso que se presentaba ante la experiencia de su bien sentido crédito, opinando la mayoría de los

(1) Del libro *Successos y cuentos*.

presentes que el movimiento inusitado de yo no sé qué arterias de la viscera más importante de la fuerza vital ó lesiones repentinamente producidas en órganos ó ruedas ocultas, completamente ignoradas por los profanos y casi, casi desconocidas por los inteligentes, por aquello de que nadie debe meterse en *interioridades interiores*, eran las causas del completo desarreglo ó desequilibrio en que se hallaban las fuerzas vivas del enfermo sujeto á su observación.

La alarma y desasosiego cundían por momentos, y la opinión del tribunal competente era esperada con febril ansiedad por los que presenciábamos los esfuerzos inauditos que hacía el enfermo, defendiendo palmo á palmo el terreno de la lucha.

Al fin terminaron los doctores su científica discusión, volviendo á rodear el lecho donde se agitaba el avispado pequenuelo, examinando nuevamente sus pulsaciones atropelladas y reconociendo los sitios del cuerpo en donde pudiera sospecharse radicaba el repentino mal.

Con la mirada invariablemente fija en el semblante de aquellos conspicuos observadores, ninguno de los presentes nos habíamos cuidado de cerrar la ventana del dormitorio, que lindante con la fonda inmediata, se había quedado abierta por inadvertencia, seguramente disculpable en aquellos momentos de apuro.

El fuerte y repentino olor de aceite frito que invadió á torrentes la estancia, nos produjo una tos seca y penetrante, participando á su vez el joven enfermo del efecto consiguiente, y al incorporarse en la cama con rápido movimiento, en un golpe de tos arrojó en la alfombra que yo tuve tiempo de prepararle, un cuerpo extraño cuyo raro sonido al chocar con la porcelana llamó poderosamente la atención de todos los circunstantes.

Reconocido detenidamente por el cóncavo de profesores el objeto, resultó ser un trozo de castaña pilonca, que tomando distinto camino digestivo, fué á sentar sus reales precisamente y según la opinión de los entendidos, encima de la arteria aorta del muchacho, impidiendo por lo tanto con su peso y estorbo la normal y acompañada circulación de la sangre.

Claro está, que desaparecida la causa desapareció el efecto, y á los cinco minutos del fracaso el simpático Manolo saltaba en los corredores con su habitual ligereza, contento y satisfecho por haber demostrado la importancia que tiene en la moderna medicina el olor irresistible del aceite frito, y orgulloso con habernos dado á todos sus admiradores la *verdadera castaña*.

JOSÉ DE MIGUEL RUIZ.  
(Capitán de infantería).

## Política del ochavo.

Al lado de la política de idealidad, de horizontes y de alto vuelo, la *epo*